

RESEÑA

La invención de la cultura

AUTOR: Wagner, Roy

Nola Editores, 2019, Madrid, 334 pp.

Rolando Silla,¹ Santiago Moya,² Soledad del Río,³
Tatiana Balbontín Beltrán,⁴ Pedro Munaretto,⁵
Paula Man,⁶ Carolina Erezuma,⁷ Gabriela Cimador,⁸
Carolina Figueroa⁹

En inglés *invention* y en español *invención* connotan creatividad, pero implican dos significados diferentes: o como mentira, y por ende falsa, o como creación de algo que antes no existía y que a partir del momento en que es creado se torna real. Más allá de cualquiera de los dos sentidos antagónicos, ambos se refieren a creaciones humanas diferentes a lo que denominamos *naturaleza*. Al utilizar nuestros propios ejemplos, una mentira se *inventa*, un celular se *inventa*, pero el virus de la COVID-19 se *descubre*. La antropología ha considerado el término *invención* como algo artificial y construido socialmente por los humanos, contraponiéndolo a la *naturaleza*, ésta última también utilizada en sus dos acepciones: como esencia o como algo real, pero siempre externo a la voluntad humana. La novedad de Wagner es considerar la *invención* en su sola acepción de creación y como tal real. En última instancia, una vez creado el celular es tan real como la COVID-19. Cancela así la dicotomía entre real y construido. Pero no se deshace de esta dupla. Para el autor todo grupo humano divide entre aquello que es real –y por ende colocado como natural e independiente a

1 CONICET-IDAES/UNSAM

2 Maestrando en antropología social CONICET/IDES-IDAES/UNSAM

3 Maestranda en antropología social CONICET/IDES-IDAES/UNSAM

4 Maestranda en antropología social FFyH-UNC

5 Doctorando en antropología social CONICET/IDAES/UNSAM

6 Licenciatura en Antropología Social y Cultural/IDAES-UNSAM

7 Licenciatura en Antropología Social y Cultural/IDAES-UNSAM

8 Licenciatura en Antropología Social y Cultural/IDAES-UNSAM

9 Maestranda Ffyh- UNC

las acciones y responsabilidades humanas— de aquello que es construido —producto de lo humano, artificial y de lo cual somos responsables—, solo que los elementos que componen cada uno de los ítems no son los mismos en diferentes culturas. Así, todo colectivo humano es una unidad cultura-naturaleza, pero cada una de estas unidades dividen de manera diferente aquello que considera pertenece a la creación humana y es transformable, de aquello que considera pertenece a la naturaleza y por lo tanto no se puede cambiar su esencia.

Entonces para Wagner, y este es el punto central del libro, la cultura no es un universal que todos los seres humanos poseemos, algo que la antropología *descubrió*, sino algo que occidente *inventó* para acceder a una serie de fenómenos tales como los que se denominan “alta cultura” y que posteriormente la antropología extendió a otros pueblos para poder comprenderlos bajo el rótulo de cultura. Cultura así entendida, no es un sistema de símbolos ni consta de una cantidad limitada de objetos producidos por los humanos; mucho menos es un sistema de normas que restringe o limita sino, y ante todo, es imaginación creativa que permite la transformación y la innovación, algo que más que conducirnos al pasado y a la tradición nos lleva hacia adelante y al futuro.

Otro punto importante del planteo de Wagner es considerar que todo grupo y que toda persona tiene una pregunta por la otredad. De ahí desarrolla algo que denominará *antropología inversa*: considerando que la pregunta por la otredad no es exclusiva ni de occidente ni de los antropólogos se preguntará no *cual es* la cultura daribi, grupo de Nueva Guinea con quien Wagner hiciera su trabajo de campo, sino *qué es* cultura para los daribi.

Según nos dice el autor, la antropología es mediación, pues no descubrimos nuevas culturas sino que aprendemos la vida de otros pueblos a través de la cultura. Y la traducción de los modos nativos de conceptualización a partir de nuestras propias equivalencias lógicas, económicas o políticas sin atender a la “universalidad de la mediación” está destinada a tener que elegir entre creer en los significados nativos o en los nuestros, es decir, en la superstición o en el cientificismo. Sin querer caer en ninguna de las dos posiciones, el papel mediador de la antropología consiste entonces en poder describir el modo en que los otros se inventan a sí mismos, sin reducir las prácticas de simbolización sino desplegándolas como “símbolos que se representan a sí mismos”.

La antropología inversa constituye entonces la respuesta de Wagner a esta paradoja de imaginar una cultura para personas que no la conciben para sí. Se trata de una antropología que tome en serio las metáforas de la civilización industrial desde la perspectiva de las sociedades tribales. Esto no significa esperar que los nativos de Nueva Guinea hagan los mismos esfuerzos teóricos que los antropólogos, pero sí reconocer que ellos también han hecho, tal vez sin quererlo, trabajo de campo; y para Wagner los cultos de cargo y los movimientos milenaristas han sido tentativas emblemáticas de comprensión de la alteridad por parte de estos pueblos. Así, el cargo melanesio es la “contraparte interpretativa” de cultura. Los antropólogos llaman “cultura” a los artefactos y las técnicas indígenas, mientras que ellos llaman “cargo” a la cultura de los antropólogos. Pero no se refieren a la misma

cosa. El cargo no es para ellos simplemente la riqueza material en los términos en los que lo piensa el antropólogo, justamente porque los pueblos melanesios otorgan una centralidad a las relaciones entre las personas mientras que nosotros las reducimos a los términos materialistas y económicos. El cargo es en este sentido “un anti-símbolo de cultura, pues metaforiza los órdenes estériles de la técnica y la producción como vida y relación humana” (Wagner, 2019: 116). No se trata entonces de la misma cosa pero sí de una metaforización recíproca de la misma relación en sentidos inversos. Si “cultura” extiende el significado de la técnica al pensamiento y las relaciones humanas, “cargo” extiende la relación humana a los objetos materiales, de modo que “cada concepto usa el sesgo extensivo del otro como su símbolo” (Ibid.:117). Que los nativos sean también antropólogos, entonces, no significa que hagan el mismo tipo de antropología. Lo que tienen en común es que ambos proyectan y extienden, a su manera, las ideas y las analogías sobre el mundo para controlar los aspectos paradójicos. Un mundo que, desde luego, no será ya el mismo mundo. Si los daribi inventan su propia cultura con los mismos procedimientos que el antropólogo la inventa para sus colegas, esta invención, aunque simétrica, no es la misma. Esta diferencia es central en el pensamiento de Wagner, lo que le permite afirmar que “su malentendido sobre mí no era el mismo que mi malentendido sobre ellos, y las diferencias entre nuestras respectivas interpretaciones no podían descartarse aduciendo diferencias lingüísticas” (Ibid.: 96).

Pero las sociedades no pueden regirse solo por la invención y el cambio permanente. Por ello su contraparte es la convención y su relación es dialéctica. Nada está absolutamente convencionalizado, siempre existen cabos sueltos. Y de aquí se desprende una perspectiva interesante del aprendizaje: aprendemos a actuar, a orientarnos y a conocer nuestras motivaciones en múltiples contextos. Este aprendizaje siempre forma parte de la relación con otros; el individuo nunca aprende a actuar o a motivarse como una simple respuesta neutra o sin compromiso, sino que aprende a hacerlo desde una posición particular. En definitiva, aprende una motivación convencional como resultado de la invención, pero también aprende a inventar. La invención es siempre un tipo de aprendizaje y aprender es un acto de invención o reinención. De esto se sigue que toda convención se encuentra acompañada por otro modo de simbolización: el modo diferenciante o no convencional. Su tendencia es imponer distinciones radicales y forzosas al flujo constructivo. Invención y convención mantienen entre sí una relación dialéctica, una relación simultánea de interdependencia y contradicción. La invención cambia las cosas y la convención descompone estos cambios en un mundo reconocible.

Wagner plantea que la idea que tenemos respecto a nuestra cultura en general, como aquella que mide, estudia y aprovecha la naturaleza no es tal, sino por el contrario, “nuestro conocimiento, nuestra literatura sobre los logros científicos y artísticos, y nuestro arsenal de técnicas productivas son un conjunto de dispositivos para la invención de un mundo natural y fenoménico” (Ibid.: 181). De manera tal que somos nosotros quienes creamos el mundo. Somos inventores tanto de la naturaleza como de la cultura. Sin embargo, se ha

planteado siempre una distinción en lo cultural entre lo que se considera lo innato y lo artificial, la cual ha sido producida por la ciencia y la naturaleza. Y ello ha llevado a que veamos los fenómenos naturales como recursos, olvidando que los verdaderos recursos surgen de la invención humana y esa invención se almacena en la tecnología de modo tal que se orienta “la creatividad colectiva de millares de pensadores e inventores hacia la objetivación de la naturaleza que constituye nuestras vidas cotidianas”. Esta creatividad humana es originada por la invención de la cultura y sin esta invención no podría usarse la cultura para inventar la naturaleza.

Publicada por primera vez en inglés en 1975, *La invención de la cultura* no tuvo una gran repercusión. Texto bastante desperejo en cuanto a su comprensión, con capítulos muy claros y otros prácticamente inentendibles, el reconocimiento de la obra no se produjo hasta comienzos del siglo XXI, con el auge del posestructuralismo y el giro ontológico. Como señala Pedro Pitarch en el prólogo, el modo de exposición de la obra “recurre a menudo a una serie de analogías que funcionan más como un flujo inverso de iluminaciones inesperadas que como parte de una demostración progresiva”, y muchas partes están “casi próximas al aforismo” (2019: 24). Otro punto a tener en cuenta es el carácter anacrónico del libro, pues por una parte se adelanta a la antropología posmoderna, pero por otra, el texto resulta un poco anticuado al realizar una separación tan radical entre “nosotros” y “ellos”, cuestiones que también señala Pitarch. También la discusión sobre cómo los humanos inventamos la naturaleza se anticipa a los planteos posteriores de Phillippe Descola, Bruno Latour, Tim Ingold o Eduardo Viveiros de Castro.

En términos de Wagner, invención y convención son dos polos opuestos y dialécticos que constantemente están produciendo contrainvenciones. Por ello, la separación entre lo innato y lo construido siempre está rearmándose. Vaya nuestro ejemplo, al comenzar esta reseña, sobre la COVID-19 como un virus natural y por ende independiente de nuestro accionar. Sin embargo, la duda que se genera hoy, más allá de la veracidad o no, de si dicho virus no fue inventado en laboratorios, o si no se generó por el hecho de que estamos destruyendo “áreas naturales” y eso hace que se generen mutaciones de virus que pasan de animales a los humanos y por ende ya no sería un producto exclusivo de la naturaleza sino el resultado, total o híbrido, de la fabricación humana. Creemos que es un buen ejemplo de cómo se puede utilizar la obra de Wagner para pensar situaciones en nuestra propia sociedad, una sociedad que hoy se está replanteando qué pertenece a la naturaleza, qué es independiente de los humanos, qué pertenece a la cultura, y qué corresponde a nuestra responsabilidad de actuar.